IRREAL

Ver: *Irrealidad / Creatividad y creación / Real y posible / Realidad / Fantasía y fantasma / Imaginación / Idea*

«Lo irreal, la fantasía o la figuración no es un intermediario entre las cosas y las ideas, sino entre el puro estar en la realidad y las cosas concretas de esta realidad.» (X. Zubiri)

•

«Lo que llamamos realidad se convierte en un ámbito dentro del cual se mueve el hombre y se mueve la inteligencia con esas actitudes, y que abarca inclusive lo irreal: porque lo irreal no es lo que no es real, sino que es la realidad misma pero en ficción. Es lo que Luis Felipe alguna vez, en unas páginas admirables que escribió sobre las dimensiones temporales de la imaginación, llamó justamente ocio.

El ocio del poeta no es otra cosa sino la libertad con que se mueve en el ámbito de lo real en actitud filosófica. No todo poeta, ciertamente, es filósofo. Esto ni remotamente, ni que decir tiene. Pero el poeta que lo es poetiza sobre las cosas justamente como formas de realidad.»

[Zubiri, X.: "Recuerdo de Luis Felipe Vivanco". En *Escritos menores (1953-1983)*, Madrid: Alianza Editorial, 2006, p. 271]

•

«No es verdad que lo irreal sea un *nihilum existentiae*, y tampoco es verdad que tenga esencia en el sentido unívoco del vocablo. No solamente esto. Sino que lo irreal, precisamente para serlo, me tiene que estar presente a mí de alguna manera, de lo contrario no sería ni irreal. Para un perro, un espacio no-euclidiano no ha lugar a decir si es real o irreal. A mí sí me está presente lo irreal.

Ahora bien, se dirá: bueno, lo irreal me está presente nada más que por un acto de inteligencia. ¡Ah! Esto tampoco es completamente verdad. No digo que no sea algo de verdad, pero es nada más que media verdad. No completamente verdad por una razón muy sencilla. Lo que estoy diciendo no es propio y exclusivo de las matemáticas. Tomemos cualquier cosa irreal, por ejemplo, una ficción, Don Juan.

Ciertamente, Don Juan es irreal. Ahora, ¿se trata pura y simplemente de las propiedades que Don Juan posee cuando yo he descrito a Don Juan? No completamente. La prueba está en que se ha podido discutir sobre si Don Juan era o no era afeminado. Algo será en sí mismo cuando esta discusión tiene sentido.

No solamente esto. Tomemos un caso cercano a nuestro propósito. El caso de las matemáticas. Gödel, el matemático austriaco, demostró con todo rigor uno de los teoremas más sensacionales de la matemática de nuestra época: que un cuerpo finito de axiomas conduce inexorablemente a plantearse problemas que no tienen solución dentro de ese cuerpo finito de axiomas.

De este teorema se han dado muchas interpretaciones. Pero lo que personalmente me importa apuntar es que este teorema indica que, si yo construyo un objeto con arreglo a las propiedades definidas y contenidas en los axiomas, este objeto así construido tiene más propiedades que aquellas que yo he puesto en él; lleva consigo, además de las que yo he puesto en él, otras. Por lo menos es lo que personalmente pienso. Lo cual, naturalmente, quiere decir que lo irreal no es simplemente una irrealidad carencial, sino que tiene algo positivo que está ante mis ojos.

Y es que, a mi modo de ver, nada es irreal en sí mismo. Lo que es irreal es un irreal que lo es por irrealización. Se parte de algo real y se irrealiza. Y entonces todo pende de que se nos diga en qué consiste esa realidad de la cual lo irreal, la irrealización, cobra su figura.

Realidad es una formalidad que al hombre le está presente no por un concepto, ni por un razonamiento, sino que, a mi modo de ver, le está presente por un acto de lo que yo he llamado *inteligencia sentiente*, es decir, por una impresión. [...]

El momento de realidad es un momento físico y no simplemente un momento conceptivo. [...]

El momento de realidad es idénticamente el mismo: es la realidad que antes era. Por ejemplo, percibo esta lámpara y luego esta jarra; he percibido antes un color y ahora un sonido. Pero el momento de realidad es idéntico. Lo cual significa que en cada cosa real su momento de realidad, en una u otra forma, rebasa y transciende físicamente los límites de aquello en que la cosa realmente consiste.

El algo más que aquello en que la cosa consiste, algo más que ser esto o lo otro. Es decir, el momento de realidad no solamente es un carácter que tiene cada una de las cosas, sino que es una especie de ámbito en que la inteligencia queda, precisamente porque la realidad es más que lo que es aquello en que la cosa real consiste; porque excede o transciende físicamente a lo que es cada una de las cosas reales. Este ámbito no es sino el momento de realidad tomado en y por sí mismo.

La realidad como ámbito es el momento de realidad tomado en y por sí mismo, es decir, tomado, en cierto modo, en su transcendentalidad respecto de las cosas reales que hay en la realidad.

Y esto es esencial. Porque en el instante en que esto ocurre, o precisamente porque esto ocurre, la inteligencia del hombre queda en una situación curiosa. Ciertamente, yo estoy atenido a la realidad, a esta realidad perfectamente física. Pero, en ella, a lo que estoy atenido es al momento de realidad como ámbito. No estoy atenido a ninguna otra cosa real determinada, sino a la realidad como ámbito.

Como momento de realidad es algo de cada cosa. Pero como excedente es ámbito de realidad. No se trata de conceptos más o menos quiméricos, no. La realidad física misma que hay en el Universo me colora en su realidad, pero como ámbito de realidad.

Con lo cual, lo que las cosas realmente son queda en cierto modo en suspenso, y el hombre, entonces, dentro de este ámbito de realidad, hace de esta suspensión un esencial carácter suyo, el carácter de una suprema libertad con que puede hacer o concebir o pensar o ver y moverse dentro de la realidad, pero, en cierto modo, por encima de lo que son las cosas reales, o, cuando menos, con independencia de lo que ellas son efectivamente.

Y esto no es pura libertad caprichosa, sino impuesto por la realidad misma. En cada cosa real el ámbito excede de la cosa; pero, como no puede haber ámbito sin contenido determinado, el momento de realidad nos fuerza, no a quedar meramente en suspenso, sino suspensos para dotar a ese ámbito de un contenido con independencia de su contenido, es a lo que llamo irrealización. Que el contenido dado queda irrealizado, significa que este contenido dado nos da el ámbito de realidad, pero no limitado al contenido dado, sino suelto, por encima de él.

El paso de la realidad como carácter o momento de cada cosa a la realidad como ámbito, es, así, esencial para la inteligencia. En todos sus actos, la inteligencia se mueve en el ámbito de lo real. Si fantasea, hace algo distinto del puro imaginar.

También los animales tienen imágenes; lo que no tienen es fantasía. Y no tienen fantasía porque les falta el momento de realidad. A la fantasía le es esencial el ámbito de realidad. La fantasía es por eso una actividad de intelección sentiente.

Es lo que he solido llamar ***pensar fantástico***. No puede identificarse sin más la fantasía con la imaginación. No puede identificarse el pensar fantástico con un arbitrario juego de imágenes. Ante todo, la fantasía no es idéntica a la imaginación. Las imágenes son tan sólo el contenido sentido en este tipo de inteligencia sentiente. Pero lo que formalmente constituye la fantasía es justo el moverse en la realidad, esto es, ser un tipo de intelección sentiente. Fantasear, en el caso de las puras imágenes, es

imaginar en la realidad. Por eso he pensado siempre que la esencia de la imaginación humana es la fantasía.

Su resultado es por eso ***fantasma***. Todo fantasma es realidad en fantasía; si se quiere, realidad fantasmal. Todo lo fantasmal que se quiera, pero realidad. Además, la fantasía no es un arbitrario juego de imágenes, sino un estricto pensar intelectivo, una actividad pensante, un pensar fantástico. Es aquel pensar, aquella actividad pensante cuyo carácter intelectivo está montado sobre algo sentido, en este caso sobre imágenes.

Pero solamente montado. Porque, integralmente considerado, al pensar fantástico pertenece también todo lo que nosotros llamamos ideas, conceptos; pero en cuanto todo ello está montado formalmente sobre algo sentido, esto es, en última instancia, sobre fantasmas.

No es una denominación peyorativa, sino el carácter propio (y en el fondo irrenunciable) de una intelección. Pensar, por ejemplo, en la causalidad como generación humana, es un caso típico de pensar fantástico.

El pensar fantástico tiene por esto su momento de verdad, porque la verdad no está en cómo se intelige la realidad, sino en que lo inteligido y pensado, esto es, lo que se quiere decir, sea algo. La posible inadecuación de lo fantasmal con lo real no obsta para la conformidad de lo fantasmal con lo real.

Lo propio debe decirse de la intelección del *puro* concepto. La inteligencia humana concibe, pero los conceptos son algo que, por lo menos en principio, toleraría la realidad o tendría que ser realidad. Se concibe lo que realmente es una cosa. Al concepto compete esencial y formalmente el ámbito de realidad.

El concepto no es algo que está colgado en el vacío. Por el contrario, el concepto es siempre y sólo realidad en concepción. A mi modo de ver, no está formalmente constituido por una abstracción, sino por el momento de realidad en que libremente me estoy moviendo por la abstracción.

El concepto no es abstracción de realidad, sino realidad en abstracción. Lo abstracto es tan sólo el contenido inteligido, pero la intelección misma es un movimiento en la realidad, a diferencia del fantasmal, cuyo contenido es formalmente sentido.

Por esto el pensar conceptual no es un arbitrario juego de abstracciones, sino una actividad intelectual, esto es, un movimiento *montado* sobre contenidos abstractos. Dejo de lado precisar aquí de qué tipo de abstracciones se trata. Porque la abstracción no es exclusiva del pensamiento conceptual; el pensar fantástico es también, a su modo, abstracto. En el pensar conceptual se trataría de un tipo de abstracción propio, de una abstracción, en cierto modo, lógica, muy distinta de la abstracción fantástica; pero ésta es tan abstracta como aquélla. [...]

El ámbito de realidad está constituido precisamente por el momento de realidad propio de cada cosa que nos está real y físicamente dada. Es un

momento de transcendencia real y efectivo que tienen todas las cosas reales que hay en el Universo. El ámbito de realidad no es un ámbito meramente intencional, sino físico: es el momento de realidad física de las cosas, pero excedentemente considerado como ámbito.

Tomemos un ejemplo que no es matemático, una ficción, por ejemplo, Don Juan. La ficción es irreal. Sí, pero ¿qué se entiende por irreal? Irreal es siempre y sólo lo que se ha irrealizado. Y ¿qué se ha irrealizado? Se ve inmediatamente lo que puede ocurrir: creer que se ha irrealizado el momento de realidad.

No es exacto. No se ha irrealizado el momento de realidad; éste es inadmisible, a mi modo de ver. Lo que se ha irrealizado es el contenido real, las notas, que tienen algunas cosas reales. Al estar situada en el ámbito de realidad, la inteligencia cobra esa suprema y necesaria libertad suya de moverse en ese ámbito por encima de lo que son las cosas reales, de transcender en la realidad de aquello que en cada caso es su contenido, y darles un contenido de nuevo.

Toda transcendencia no es transcendencia *de* la realidad sino *en* la realidad, esto es, conservación del momento físico de realidad con irrealización de su contenido. Hay muchas maneras de llevar a cabo esta transcendencia en la realidad. Una de ellas es la ficción.

Pero entonces una cosa es clara: que lo que se finge no es la realidad sino al revés: lo que se finge es *algo que es real*. Es decir, no se trata de *ficción de realidad* sino de *realidad en ficción*, de realidad en ese modo especial que es la ficción. Ficción es un modo de realización de la realidad misma. Esto es lo esencial en toda ficción. [...]

La gravedad de las ficciones no viene de que sean interesantes, de que susciten determinados sentimientos o enseñen ciertas lecciones, etc., sino de que se inscriben precisamente dentro de la realidad y constituyen el modo ficticio de realidad misma, de esa realidad que me está físicamente dada como ámbito. Repito, no ficción de realidad sino realidad en ficción.

Como decía, hay muchos modos de irrealización, puesto que hay muchos modos de moverse dentro del ámbito de la realidad. La ficción es uno de ellos. Pero sólo uno. Otro es, por ejemplo, la conceptuación. Ahora bien, la matemática, decía, no es una ficción, una novela. Pero tampoco es mera conceptuación. Y entonces uno se pregunta si es irreal en algún sentido y en cuál.

Pero, como toda irrealidad es resultado de una irrealización, se pregunta uno cuál es la irrealización propia de la matemática, esa irrealización que no es ni novela ni pura conceptuación.

Por lo pronto, como se trata de una irrealización en la que el momento de realidad –este momento físico de realidad– está conservado, quiere decirse que, contra toda la opinión que tiende a considerar que lo matemático carece de realidad, yo propendo a considerar que lo matemático es, en un

sentido, algo eminentemente real; es decir, se inscribe justamente en la realidad, en esta realidad físicamente real que aprehendo como ámbito. No es la matemática una creación de realidad, sino que es realidad en forma de creación matemática, con tal de que se diga en qué consiste esta creación, esta irrealidad propia de la matemática. Es la segunda cuestión a la que había que apuntar.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, pp. 62-70]

•

«Bergson decía con mucha verdad que la dificultad de la Filosofía está en hacer conceptos a la medida de la intuición para cada caso (*La pensée et le mouvant*, 1934). Sí, esto es verdad, ésa es la dificultad de la Filosofía, pero es también su muerte. Porque no habría posibilidad de hacerlos. Veremos por qué.

Comoquiera que sea, la exactitud que al hombre le es accesible en su intelecto es justamente una exactitud que irrealiza lo real en una forma o en otra, por el mero hecho de ser exactitud. El ámbito de la inexactitud no es el carácter de la realidad en tanto que inagotable, ni es la oquedad de lo real, donde se pueden proyectar propiedades distintas de las que la realidad posee *de suyo*, sino que es el ámbito de la definibilidad.

Donde definición no significa dar una definición, sino –tomo la palabra etimológicamente–: *definire*, es decir, tener un perfil exacto y preciso de las cosas y de la realidad. La realidad, en cuanto tal, está abierta, es la indefinición por sí misma. Está abierta a toda posible definición dentro de ella. Desrealizamos por abstracción el contenido de lo real y elevamos lo abstracto a lo exacto. Justamente ésta es la idea, el tercer modo de irrealidad.

Ciertamente, hay otros modos de irrealidad, pero más que modos de irrealidad son modos como lo irreal se integra en la vida llamada real. Pero, precisa y formalmente, no hay más que tres tipos de irrealidad: el espectro, la ficción, la idea. […]

Hay distintos modos de irrealidad. Lo cual quiere decir que la irrealidad no reposa nunca sobre sí misma sino sobre algo que llamamos la irrealización.

Y de esta irrealización hemos visto tres tipos:

1. El espectro. La realidad no se manifiesta en las propiedades que el competen *de suyo*, sino que se proyecta en otras, que no le afectan, y por consiguiente podemos decir que la envuelven, pero sin ser ella misma. La realidad está dentro del hueco de lo aparente. Es justamente la irrealización y en ella acontece la oquedad de lo real.

2. En la ficción la realidad queda destituida de todas sus notas y se obtiene así, en la realidad en cuanto tal, el carácter de realidad como algo inagotable, que permite naturalmente alojar no sólo las cosas concretas

que, efectivamente, son reales, sino aquellas que construye el hombre libremente.

3. En la idea la realidad queda abstractivamente delimitada según unas notas, que se elevan a visión exacta y definida.

Pues bien, es fácil ver que en estos tres tipos subyace una misma estructura fundamental. Y, ante todo, se trata siempre y sólo de una irrealización. Ninguna irrealidad reposa sobre sí misma, sino que es resultado de un proceso de irrealización. En cambio, la realidad sí que reposa sobre sí misma. Ésta es la diferencia fundamental. Toda irrealización se apoya, pues, en una realidad.

Esta realidad no es una cosa, sino que es una pura formalidad, es un carácter.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 59-61]

•

«La palabra irreal ha tenido en Filosofía –sobre todo en la Filosofía contemporánea– un sentido, que no es el usual y corriente del vocablo.

Efectivamente, en la Fenomenología de Husserl se nos dice que los fenómenos y las esencias son irreales. ¿Qué entiende Husserl por irreal?

Husserl parte del hecho –bien claro– de que el hombre vive en un mundo en cuya realidad cree. No en la realidad de cada una de las cosas que hay en el mundo, pero sí del mundo tomado en bloque como una realidad, como un todo. Esta creencia, que Husserl llama *Ur-doxa*, la proto-opinión, la proto-creencia, es la que soporta el fenómeno mundo y la vida que en él va trazando el hombre (E. Husserl, *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie*, hrsg. Walter Biemel, Martinus Nijhoff, Haag, 1950, prgfs. 104 y 105).

Ahora bien, por un acto especial de reducción, que diría Husserl, sin dejar de vivir en ese mundo yo puedo, sin embargo, tomar una actitud: conservar el mundo y la vida mía que en él transcurre, pero puesta entre paréntesis; es decir, restándole la creencia en la realidad.

Entonces el mundo todo, el orbe de la realidad, queda reducido a puro fenómeno: queda como aquello que se me da y en tanto que se me da; y de eso que se me da, y en tanto que se me da, puedo tratar de averiguar justamente cuál es su sentido. Y ese sentido sería justamente la esencia del mundo. La esencia –dice Husserl– es constitutiva irrealidad.

Eso que Husserl llama irrealidad sería quizá más adecuado desde el punto de vista de su concepción llamarlo neutralidad. El mundo reducido sería neutral a la diferencia real e irreal. Pero, sobre todo, lo que quiero decir es que lo irreal, en el sentido en que vamos a emplear el vocablo y el concepto aquí, es algo que se opone a lo real, pero *dentro* del mundo real. Es decir,

la realidad y la irrealidad se entienden como momentos de eso que Husserl llamaría la realidad entera y global del mundo y de la vida del hombre.

Pensamos que padezco una alucinación y que califico el objeto de la alucinación como irreal. Husserl no llamaría a esto precisamente irreal, porque diría –y con mucha razón desde su punto de vista– que toda alucinación transcurre en el mundo de realidades y que por eso es alucinación. Pero reducir a puro fenómeno la alucinación es quitarle su carácter alucinatorio.

Poco importa que la habitación que yo estoy contemplando sea, desde el punto de vista de la reducción, alucinatoria o real, si lo único que me preocupa es justamente tomar la percepción de esta habitación en tanto que percibida y tratar de averiguar cuál es el sentido de lo percibido en ella.

Pues bien, aquí vamos a tomar la irrealidad en el sentido más usual, es decir: como algo interno al mundo y a la vida, dentro del mundo accesible al hombre y de la vida –por lo menos de la vida humana–, como momento de una serie de cosas o de objetos, de los cuales decimos que unos son reales y que otros son irreales.

Nos preguntamos entonces, dentro de ese mundo de realidad, ¿qué es esto que llamamos irreal? [...]

Es decir, vamos a tomar el hecho de que hay diversos modos de irrealidad.

Esto es obvio. Yo puedo llamar irreal al objeto de una ficción –a algo ficticio–, pero no solamente lo ficticio es irreal, hay muchísimas cosas que yo concibo que tampoco son reales. Es decir, la irrealidad se puede presentar al hombre en formas distintas, en modos distintos. Y vamos a tratar de analizar algunas de las formas más radicales de esta irrealidad, empezando por la que acabo de citar, que es la más obvia, justamente, la *ficción.*»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 15]

•

«La intelección racional es actualidad de lo real no en un *acto* de intelección sino en *actividad* intelectiva. Esta actividad intelectiva "hacia" lo real fundamental, en un "hacia" determinado por lo real mismo aprehendido ya como real, y que es lo que ahora queremos inteligir en su fundamento.

En este momento del "hacia" es en el que se intelige lo real en actualidad pensante; y por tanto la realidad está inteligida ya como realidad. Pero lo real mismo inteligido (como realidad mundanal) está formalmente dado según ese modo de lo real que es lo irreal.

Lo irreal se inscribe, pues, por entero en la realidad. Esta inscripción tiene dos momentos, si se quiere dos aspectos. Por un lado, decíamos que la realidad se actualiza en una intelección, pero no en una intelección que consiste en concreto en lo que sin compromiso ulterior he llamado, como vulgarmente decimos, "mis ideas". Por esta actualización de la realidad en

"mis ideas", el contenido de estas queda intelectivamente realizado, como mero contenido de la idea en la realidad.

Estos dos momentos "a una" constituyen lo *irreal*. En sí mismas las ideas son "a-reales". Se realizan por la actualización de la realidad en ellas. Por esto lo irreal, por razón de las ideas, es una libre creación mía, y en su virtud, decía, crear no consiste en dar realidad a mis ideas, sino en dar mis ideas a la realidad.

Lo irreal se inscribe pues por entero en la realidad por esos dos momentos de actualización y realización. Para nuestro problema esta inscripción puede tener dos modos. Uno consiste en que lo irreal es lo que lo real "sería". Es, como vimos, una intelección de lo real en retracción. El "sería" se inscribe en la realidad en una forma muy precisa: en *modo irreal* (no en el sentido gramatical sino en el sentido que acabo de explicar).

Pero lo irreal puede inscribirse en lo real en otra forma: lo irreal como realidad de lo que lo real "podría ser". Este "podría ser" no es mera posibilidad abstracta, sino algo distinto y mucho más positivo: es la intelección en *modo potencial* (repito lo mismo que he dicho a propósito del modo irreal).

El "podría ser" no es lo en sí mismo "posible", sino lo "posibilitante". Por esto, este "podría ser" no se intelige en movimiento de retracción sino en una marcha esbozante hacia el fundamento de lo real. Lo formalmente esbozado es, pues, la posibilitación de lo real en cuanto posibilitante.

Y esto posibilitante es un sistema interno de momentos fundamentantes, es decir, su intelección es "construcción" de posibilitación. Para facilitar la expresión, empleamos aquí la palabra "posibilidades" en plural, a diferencia de lo meramente "posible".»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 297-299]

•

«Lo primero que se nos dice es que lo irreal es un mero *no* de realidad. Ahora bien, ¿es esto verdad? [...] ¿Es verdad que lo irreal es un mero *no* de la realidad?

En segundo lugar, se dice que el hombre posee de hecho la capacidad de forjar lo irreal. Sí, pero todo esto no es más que una media verdad. Porque la cuestión que inmediatamente se plantea es esta otra: ¿es verdad que el hombre no hace de hecho sino forjar lo irreal, o no será que se encuentra, por una intrínseca necesidad, vertido a lo irreal, precisamente para poder estar en lo real? Entonces lo irreal no sería meramente el ejercicio de una capacidad, sino que sería algo más hondo y complejo.

En tercer lugar, acabo de afirmar que se describe lo irreal como algo que está junto a lo real. Con lo cual el hombre estaría colocado entre lo real de un lado y lo irreal de otro, pendulando naturalmente en su vida de un polo

hacia el otro; del polo de la irrealidad al polo de la realidad, y viceversa. Pero cabe preguntarse si esa es la posición exacta de lo irreal respecto de lo real. ¿Es un poco, además del de lo real, el otro polo entre los dos en que se mueve la realidad de la vida humana –eso que llamamos la realidad de la vida humana– o no será al revés, que la irrealidad es algo que se encuentra positiva y formalmente integrado a eso que llamamos realidad? [...]

Frente a la tesis aparentemente clara de que lo irreal es lo que no es real y de que el hombre posee *de hecho*, pura y simplemente, la capacidad de forjar lo irreal, oscilando *entre* lo real y lo irreal, surgen cuestiones que son estrictamente filosóficas.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 11-12]

•

«La impresión de realidad es un momento de toda impresión sensible. El hombre no solamente ve el color, sino que ve la realidad del color, siente lo sentido, pero lo siente como real. Y entre el contenido y este momento de realidad hay por lo menos una diferencia que salta a los ojos: que mientras el contenido es perfectamente específico –es un color amarillo, es un sonido de tal o cual tono, intensidad y timbre–, en cambio, la impresión de realidad es la misma; no insistamos sobre esta mismidad excesivamente: es la misma en toda impresión.

Cuando el hombre queda en algo, en virtud de una percepción, no queda solamente en el color que ha percibido en la mesa o en la habitación en que está, queda *en la realidad*, cualquiera que ella sea.

Cuando viene una segunda percepción, no solamente va a chocar con el contenido de la primera percepción, sino que se va a alojar precisamente en ese mismísimo momento de realidad que ha constituido la *impresión de realidad* de la primera percepción. Y, por consiguiente, la impresión de realidad decimos que, en una u otra forma, trasciende del contenido específico de cada una de las impresiones sensibles. Y que, en esa trascendencia, por lo menos κατὰ λόγον, *secundum rationem*, por su propia razón, es anterior a su contenido.

Pues bien, si esto es así, volvamos a nuestro *problema de la ficción*. La ficción, naturalmente, es el resultado de una irrealización. Y nos preguntamos sobre qué recae la irrealización. Uno podía pensar que recae precisamente sobre el momento de realidad. Lo que la ficción nos daría es una realidad ficticia. Si esto fuera así, no sería ni tan siquiera ficción. Sería una pura creación, no sabemos en qué, pero no sería ficción.

En el caso de la ficción sucede justamente al revés. La ficción consiste en forjarme un Don Juan dotado de determinados caracteres perfectamente positivos, es decir, un contenido, que yo atribuyo *de suyo* a la realidad. El momento de realidad es el que queda conservado en la irrealidad. Y, en

cambio, lo que es término formal del cacto de ficción es precisamente el contenido de esa realidad.

Por eso, no es exacto decir que la ficción me represente una realidad ficticia, sino que representa justamente una realidad en ficción. ¿Qué realidad? No una idea de realidad, sino esta realidad: la realidad física.

Es esta misma impresión de realidad que yo siento en mis sentidos, es esa misma realidad físicamente considerada, la que en una ficción se me presenta en ficción y no en percepción o impresión directa. [...]

El objeto ficticio es realidad en ficción. Es realidad en ficción, y no es ficción de realidad o realidad ficticia. [...]

No se finge la realidad, en tanto que realidad, sino que la realidad, precisamente en su carácter más físico, es aquello en que se mueve constitutivamente la ficción. No hay un *tertium quid*, como si dijéramos: "Mire usted, lo tomo neutralmente: no es ni ficción ni realidad, o lo serán según donde lo coloque.

Si lo coloco en el fichero de realidad, será realidad. Si lo coloco en el fichero de lo que no es realidad, será irrealidad". No. No hay más que la realidad física, una y la misma. Lo mismo la de esta mesa que la de Don Juan. La cual se me presente con un contenido que, ese sí, es puramente ficticio. [...]

Y precisamente porque la ficción más ficticia del mundo envuelve el momento físico de realidad en que se inscribe y que se hace posible, precisamente por eso, cobra ante los ojos del hombre toda su inmensa gravedad el mundo de la ficción. El mundo de la ficción es grave, precisamente porque se inscribe en el momento físico de realidad.

La gravedad de la ficción le viene de eso. No de que esté conforme o disconforme con la realidad (que esto no afecta al tema), sino de que es una realidad que nos está presente en ficción. Y precisamente por eso es por lo que, independientemente de toda conformidad con lo real, el hombre que finge puede y debe tomar, y toma de hecho, la ficción *en* y *por sí misma*. Le tiene sin cuidado a Tirso de Molina que haya, o no, señores por las calles de Sevilla que sean como el don Juan que él describe.

La gravedad de la ficción le viene precisamente de que, siendo una ficción desde el punto de vista de su contenido, sin embargo, ese contenido está inscrito dentro del carácter físico y archirreal del momento de realidad.

Ahora bien, uno se pregunta entonces: ¿y en qué consiste esa inscripción, es decir, la ficción misma?

Lo que la hace posible es justamente esa distinción que puede parecer sutil: el momento de realidad propio de toda impresión de realidad, y *a fortiori* de todo acto montado sobre ella, ese momento de realidad trasciende de cada uno de los contenidos que cada una de las impresiones nos ofrecen. [...]

Mediante la ficción, que consiste en conservar el momento de realidad y en forjar imaginariamente (pero no sólo imaginariamente) el contenido específico, el hombre va creando, justamente con ese distanciamiento del contenido específico y la atención al puro momento de realidad, el ámbito dentro del cual puede ejercitar libremente, como Aristóteles decía, su construcción.

La ficción es posible como una "construcción" de cosas en el ámbito en que nos deja el momento de realidad físicamente real, en cierto modo suelto o libre del contenido específico con que en cada caso se nos presenta. [...]

Precisamente en la medida en que la realidad está trascendentalmente allende el contenido de cada una de nuestras percepciones y de nuestras impresiones, precisamente en esa medida nos hace ver que la realidad es justamente inagotable. Y el ejercicio constructivo de lo que pudieran ser o no ser una realidad distinta de la que nos está dando su contenido, es justamente *la ficción*. [...]

Lo inagotable de lo real es lo que hace posible precisamente la ficción. Y la ficción, antes de fingir aquello que finge y va a fingir, lo que hace es crear justamente el ámbito dentro del cual puede ejercitarse libremente la inagotabilidad de lo real, de esta realidad física que tengo ante mí. [...]

Lo que es ficción y lo que no tiene realidad es justamente el contenido que yo atribuyo: la construcción. La ficción consiste en tomar a don Juan como si fuera realidad. Pero la expresión es equívoca. Como si fuera realidad el contenido, sí, ahí está bien el *como si*.

Pero en que sea realidad, en esto no hay ficción ninguna, sino que es justamente el elemento formal en que se mueve la ficción en cuanto tal. Lo otro no sería una ficción.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 26-31]

•

«La experiencia se funda en la inteligencia sentiente en tanto que en ella "estamos en la realidad", y no simplemente "aprehendemos" la realidad. Por consiguiente, la experiencia se inscribe por entero dentro de la realidad y de nuestro estar en la realidad.

Es absolutamente falso que sea la experiencia la que nos lleva a la realidad; justamente al revés: es la realidad la que hace posible que haya eso que llamamos experiencia.

La experiencia se inscribe por entero dentro de la realidad y concierne a lo que hay en la realidad. No hay por eso nunca experiencia de la formalidad de lo real. Eso no es experiencia: eso es justamente un acto de intelección sentiente, es el sentir intelectivo, pero eso todavía no es experiencia. No confundamos experiencia con el sentir, aunque este sentir sea intelectivo. Estamos en la realidad, instalados en la realidad, atenidos a ella y henchidos

de realidad, y precisamente sólo por eso hay lo que tenemos que averiguar: experiencia.

Si no hubiese recurrencias en la fluencia, no habría experiencia alguna. Esta recurrencia no plantea un problema de memoria –que es cosa secundaria– sino un problema distinto. En la medida precisamente en que la memoria es, no una mera retentiva, sino una identificación, como la identificación nunca es plenaria, uno se pregunta si aquello que se me presenta como hombre, con unos ciertos caracteres que son reales, efectivamente es un hombre o no lo es. Es justamente el dominio del parecer.

En esa recurrencia y en el modo fluyente de estar en la realidad se constituye lo que llamamos el parecer. Y el hombre, inexorablemente, se figura que aquello es o no es, por ejemplo, un hombre. En ese figurarse está justamente el forjarse lo irreal.

Pues bien, figurándonos lo que las cosas son, nos acercamos a ellas; justamente, creyendo o figurándonos que son una cosa o que son otra. Creo –me figuro– que es un hombre, a lo mejor resulta un perro o un arbusto, o resulta algo completamente nuevo, que no sé lo que es; pero nos acercamos a la cosa estando en realidad. Nos acercamos a algunas de las cosas que hay en esa realidad, figurándonos lo que ellas son.

Este modo de acercamiento es un modo de estar en las cocas orientado por la figuración. Y este modo diría que es *probación*. Uno agrega al mero sentir de las cosas la probación de lo que ellas son; no es comprobación, la comprobación es una cosa muy intelectual en el sentido teorético del vocablo. Aquí se trata de algo más elemental, que es justamente probación.

Una probación que dice exactamente lo que en griego dice el verbo πειράω, que es justamente tener experiencia de algo; o el verbo δοκιμάζω, por ejemplo, cuando San Pablo en la Epístola a los Corintios nos dice δοκιμαζέτω ἄνθρωπος ἑαυτόν [1 Cor 11, 28], "pruébese el hombre a sí mismo", aquí se trata de una probación.

Pues bien, justamente la experiencia es la aprehensión y el estar en las cosas en una probación que consiste precisamente en probar si las cosas son o no como nos las hemos figurado. Experiencia es constitutiva y formalmente probación, probación de si las cosas, efectivamente, son o no son como nos hemos figurado; y no por un razonamiento, sino justamente por un contacto inmediato con ellas.

La experiencia por esto no es mero sentir. Ni que ese sentir sea el sentir puramente sensible de que hablan los empiristas; ni tan siquiera el sentid intelectivo de la impresión de realidad. Porque eso sería sentir, pero no sería tener experiencia.

La experiencia consiste en ese contacto con las cosas, en virtud del cual, efectivamente, las probamos a ellas y las probamos, como toda probación, con vistas a algo, que es lo que nos hemos figurado de ellas. Eso es justamente la experiencia.

Sin figuración no habría probación, ni por tanto habría experiencia. La integración de lo irreal, que es una figuración, en lo real, es justamente esto: experiencia.

Esa es la integración funcional de lo real y de lo irreal como un proceso único. Ese proceso es la experiencia, que consiste en la probación de la realidad orientada, justamente, a lo que nos hemos figurado de ella. [...]

Cuando uno forja la idea (en la que lo ideado, en tanto que ideado es perfectamente irreal), la probación no simplemente es de lo que son las cosas, sino de lo que son las ideas mismas.

La experiencia nos enseña a idear y no solamente a aprehender las cosas, prueba a una las cosas y las figuraciones mismas (y justamente esa unidad es uno de los aspectos de la integración de que venimos hablando); a uno, la experiencia nos enseña lo que son las cosas y lo que son nuestras figuraciones de ellas.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 153-157]

•

«El hombre tiene que figurarse cómo son las cosas para ir justamente a ellas y poder hacer con ellas su vida. Pero, abierto el ámbito de la figuración, el hombre puede hacer una cosa completamente distinta, tan esencial a la vida como el orientarse con las cosas, que es justamente la fruición de la creación.

El hombre creador crea sus ficciones, crea sus ideas, no precisamente porque con ellas se figura la realidad, sino porque son las posibilidades de contenido que el hombre va alojando en el carácter físico de realidad, con las cuales encuentra –tal vez– aquello que es lo más propio, lo más íntimo, y en todo caso –aunque parezca lo contrario– lo más intransmisible de un hombre a otro.

El hombre necesita forzosamente figurarse, es decir, forjar lo irreal precisamente para estar en la realidad; no solamente para comprenderla, sino para estar físicamente en la realidad, apoyarse en ella, para hacer su vida. Esta necesidad funcional hace que, justamente, lo irreal sea un intermediario, pero no entre las cosas y las ideas, sino justamente al revés, entre el puro estar en la realidad y las cosas concretas que están en la realidad.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 128-129]

•

«Yo me figuro mi ser sustantivo, mi Yo, precisamente con esta experiencia de las cosas, no solamente porque las cosas me agregan, reales o irreales, rasgos en sí mismos a mí. Esto sería muy relativo: si yo pienso en un espacio de infinitas dimensiones continuas, o pienso en un centauro, ¿qué

me deja a mí de rasgos este espacio y este centauro? Evidentemente, en definitiva, nada.

Pues hay algo más: les pasa a las cosas irreales en mi experiencia lo que al disparo de un fusil: el proyectil sale por donde quiera, pero deja la impronta retrospectiva en el hombro del que ha disparado. Las ficciones más ficticias, los conceptos más alejados de la realidad, dejan, evidentemente, su impronta en el ser sustantivo del hombre. Y, sobre todo, le dejan en aquella dimensión y en aquel momento en que tenemos en cuenta la experiencia con nosotros mismos.

El hombre, efectivamente, se figura ser de una cierta manera y hace la experiencia de sí mismo. Y esa experiencia de sí mismo es, a última hora, el eje cardinal de toda la integración de lo real y de lo irreal.

Esa experiencia es estrictamente creadora. Por lo menos, cuasi-creadora. Creadora, porque no es algo dado sino hecho. Pero nada más que cuasi-creadora porque es una experiencia.

Una experiencia en la cual lo creado no es un *ens rationalis*, sino que es precisamente un *ens hominis*, en que el hombre desempeña la función de probación real y física respecto de sí mismo y de su propia realidad.

Lo real y lo irreal están en última instancia integrados en el hombre. Por eso, el tema de estas lecciones se llamó: "El hombre, lo real y lo irreal".»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 197]

•

«Qué es lo irreal en sí mismo. Es algo que tiene diversos modos de ser irreal: espectro, ficción, idea. Y que, por consiguiente, es siempre y sólo el resultado de un proceso de irrealización.

Este proceso de irrealización conserva, sin embargo, carácter físico de realidad. Esta mesa es una realidad física. Dejemos de lado, que sea mesa, pero conservemos su carácter físico de realidad. Entonces ese carácter se me queda, en cierto modo, sin contenido, de una manera huera, con poco contenido, con un contenido bien pobre y, sobre todo, con un contenido indefinido.

En el cual el hombre, precisamente por eso, puede ir alojando aquello, justamente, que le da una cierta compacción, aquello que constituye una posible riqueza, aquello que constituye el carácter definido.

Esta conservación del carácter físico de realidad en el proceso de irrealización consiste en dejar en franquía, justamente, a lo real por ser otra cosa distinta de lo que es. En eso estriba justamente la esencia misma de lo irreal en tanto que tal. [...]

Estamos no solamente viviendo por estar fluentemente en la realidad, sino además teniendo que hacer nuestra vida, y para eso necesitamos

apoyarnos en recurrencias, en las cuales al hombre le parece que las cosas son de una manera o de otra, y por consiguiente tiene que figurárselas, forjar lo que son.

La forja de lo irreal es, pues, necesaria por el modo mismo de estar en la realidad, que es un modo doble: fluente y, además, con la necesidad de hacerme la figura de mi propio Yo sustantivo. [...]

La idea de irrealidad no parece que desempeña grandes funciones en la filosofía. Pero si se centra la filosofía en el momento mismo de realidad, entonces el tema no es que sea menor, es que es un tema archimayor.

¿Cómo se va a pretender, efectivamente, que la función precisa y formal de la inteligencia sea enfrentarse con las cosas como realidad, si justamente el hombre está sumergido y flotante entre irrealidades?»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 192-193]

•

«Lo irreal, pues, en el sentido de esencia y existencia, no tiene ni esencia, ni existencia, y, sin embargo, es "algo": no es una pura nada. Y es que el carácter de realidad afecta al algo, que como tal algo está allende la diferencia entre esencia y existencia. Y aquí es donde aparece –rigurosamente hablando y perfectamente acotado– *el tema de la irrealidad*.

Como hay diversos modos de irrealidad (y la ficción es uno de ellos), esto significa que la irrealidad no reposa primariamente sobre sí misma, sino que es resultado de una irrealización. Y nos preguntábamos entonces qué es lo que se irrealiza y, en segundo lugar, en qué consiste ese modo de irrealización que llamamos ficción.

El carácter de lo real es una formalidad propia de las cosas que nos son presente, no una cosa oculta tras lo que se nos aparece –lo que se nos ofrece–. Ese carácter consiste en que la cosa se presenta como recabando para sí misma *de suyo* una serie de propiedades, un fuero interno –llámesele como se quiera–, en virtud del cual decimos que la cosa es real y que no simplemente se agota en estimular a un organismo psicofísico.

Esto supuesto, lo que se irrealiza en la ficción es el contenido de lo real. Pero se conserva su momento de realidad, el *de suyo*. En esta realidad física es donde yo construyo cosas, que no son como las cosas reales, pero que son cosas en el sentido estricto del vocablo; si no, no serían ficciones, serían otro tipo de irrealidades. Pero se conserva íntegro su momento de realidad.

La ficción no es realidad ficticia, sino que es realidad en ficción. Alojo en el momento de realidad física de las cosas contenidos que no pertenecen estrictamente a lo que son contenidos de la realidad que tenemos. [...]

La ficción no se mueve en una ficción de realidad, es decir, no es realidad ficticia, sino que es una realidad en ficción. [...]

Y es que, en efecto, en este momento de realidad, el carácter de realidad trasciende de todo contenido de una cosa determinada.

La realidad, en cuanto tal, es inagotable. Y, por esto, si yo tomo el carácter de realidad en cuanto tal, me queda abierto el ámbito de inagotabilidad donde el hombre construye constantemente cosas, que no le están dadas en la realidad. Las ficciones son, por eso, realmente ficticias.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 41-42]

•

«Lo mismo acontece con la imaginación. Ni las ideas con las cosas en que el hombre piensa, ni las imágenes son las imágenes que el hombre está imaginando. La idea y la imagen son algo que está a mis espaldas, algo que no está visto por mí, algo con que veo de una manera intencional la realidad objetual que en ellas se me presenta. Las ideas se definen, las imágenes se describen. Pero hay por bajo algo más hondo: se realizan objetualmente.

A partir de Descartes, la filosofía se deslizó por la pendiente del objetualismo: las realidades físicas serían un tipo especial de objetos, aquellos objetos que, además de ser objetos, tienen realidad física, como si los objetos primarios fuesen los que son sólo intencionales y los otros fueran "además" reales; como si la división primaria fuera la de objetos reales y objetos irreales.

Si por añadidura se dice que esos objetos irreales son nada más que los objetos definidos por la inteligencia, entonces el esquema entero de la realidad cobra un carácter de objetualismo ideísta, que constituye la quitaesencia del cartesianismo y la bancarrota, en este punto, de la filosofía moderna derivada de él.

La verdad, sin embargo, no es que lo primario sean objetos que se dividen en reales y meramente intenciones, sino por el contrario, lo primario es realidad, que se divide en física y reducida. Sin este carácter de realidad no habría ideas, porque las ideas no serían ideas de nada.

Las ideas no solamente envuelven una referencia intencional, sino además un intento de realización objetual de las propiedades. Y esto lo mismo en el orden del concepto que en el de la imaginación.

Forzados pues, por la realidad, nos hallamos realmente suspensos en lo irreal, que positivamente es lo objetual; estamos realmente encontrándonos con lo irreal en que consisten los objetos. Tengo, en efecto, una experiencia real y efectiva de lo irreal. Y esta experiencia es decisiva en la vida del hombre. Porque yo soy real, mi estar en la realidad es real. Lo irreal es ámbito de lo objetual. Sin mi realidad no habría objetos, pero sin realidad física no serían objetos. (1)

En definitiva, cuando la nueva situación conmueve la anterior me veo lanzado de la realidad física al recurso de las ideas, que me ofrecen la realidad anterior no física sino objetualmente.»

[Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 649-650]

---

(1) *Nota de editores*: En su trilogía sobre la inteligencia Zubiri presenta la irrealidad más bien como lo que "sería" y lo que "podría ser", como fictos, preceptos, conceptos y posibilidades.

•

«El primer carácter de estar en la realidad es algo que envuelve un posible equívoco. Y es que, efectivamente, uno puede pensar que con el acto intelectivo estamos en la realidad porque es un acto que yo ejecuto. Sí; de esto no hay duda ninguna. Pero en ese caso el acto intelectivo no tiene prerrogativa ninguna –aparte de su intrínseca dignidad– respecto a otros actos.

No, no se trata de esto, sino de que el término al que yo estoy dirigido en mi acto intelectivo no es un término meramente intencional. Podría pensarse que "yo estos pensando" significa algo así como lo que decía Descartes cuando dice: *cogito ergo sum*. Pero realmente lo que Descartes decía no es "pienso, luego existo", sino "estoy pensando, luego existo". Esta es la traducción exacta, y es su idea.

Estoy pensando, luego existo. Pero a Descartes no se le oculta que estar pensando no significa la realidad de lo que piensa. Si no, no hubiera tenido necesidad de montar su Filosofía en la forma que la montó. Sería, pues, un estar meramente intencional, donde la realidad física del estar estaría a cargo del acto que está, pero no de aquello en que está.

Ahora bien, esto me parece que es radicalmente insostenible. […] En el acto intelectivo, no solamente ejecuto un acto de estar en la realidad, esto es, "yo personalmente estoy pensando en algo", sino que es un acto de estar físicamente en lo inteligido en tanto que inteligido.

Esto es evidente, cualquiera que sea la índole de lo inteligido. Se diré: si yo forjo un espacio de infinitas dimensiones, que además no sea arquimediano, o el ente más abstracto que se quiera, ¿estoy en él físicamente? Pero ¡qué duda cabe! Porque todas las ficciones y todas las ideas se inscriben precisamente dentro del físico carácter de realidad. y en él es donde estoy yo físicamente.

Yo estoy físicamente en lo irreal, en tanto que inscrito en un carácter de realidad. No significa, por consiguiente, que con la inteligencia estoy en la realidad porque estoy inteligiendo, sino que "además" estoy realmente en lo inteligido.

La inteligencia es la capacidad de enfrentarse con las cosas reales en tanto que reales, pero con ello inexorablemente es la capacidad de estar en lo inteligido real y físicamente, cualquiera que sea la índole de lo inteligido.

La inteligencia es, justamente, la facultad de estar en aquello que intelige. Está real y físicamente en ello.

Y, precisamente porque eso es así, puede cobrar su gravedad la ficción. No solo porque sea importante, sino porque además reobra precisamente sobre el hombre, porque está físicamente en ella estando efectivamente en ella.

Este es el primer carácter de estar en la realidad: es un estar real y físico, no simplemente un estar intencional. […]

El hombre cuando aprehende y percibe cosas está entre ellas, ciertamente; pero está "además" en la realidad. Y esto no es una simple dicotomía intelectual.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 90 ss.]

•

«Irrealidad no es mero no tener realidad. Si la cosa irreal no tuviera nada que ver con la realidad, la cosa no sería "irreal" sino "arreal". Ser irreal es pues una manera de tener que ver con lo real. Lo cual es obvio, puesto que la simple aprehensión se constituye formalmente en campo mismo de realidad como realidad.

Por lo pronto, lo irreal no reposa sobre sí mismo, sino que reposa sobre lo real. Todo lo irreal está constituido por "des-realización". Y el "des" no es un momento puramente negativo, si lo fuera, la cosa no sería irreal sino arreal. Por tanto, es un "des" positivo: es la positiva inclusión en la realidad en forma de "des". Es, por así decirlo, realización en forma de "des".

¿Qué es este "des" como forma de realización? Para entenderlo hay que volver a recordar qué es realidad. Podría pensarse, en efecto, que ser real es ser existente, de lo cual resultaría que lo irreal es lo que no tiene existencia, sino que sería solamente lo que suele clásicamente llamarse esencia. El "des" sería nulidad de existencia.

Pero esto es imposible, porque realidad no es existencia sino ser "de suyo". Y ser "de suyo" es una formalidad allende la esencia y la existencia clásicas. Lo existente es real solo cuando la existencia compete "de suyo" a la cosa. Si así no fuera, la presunta existencia no haría de la cosa algo real (es lo que he llamado espectro; es un problema en el que aquí o puedo entrar).

Ser real es pues estructuralmente anterior a ser existente. Asimismo, lo irreal no tiene esencia clásica, porque la esencia clásica es formalmente esencia de lo que la cosa es "de suyo".

En su virtud el "des" de la desrealización abarca la cosa real entera tanto en su existencia como en su esencia clásicas. Lo irreal tiene existencia irreal

y esencia irreal. El carácter del "des" sale, pues, intacto de esta discusión. Y es que la realidad no ha de entenderse como existencia ni como esencia, sino como ser "de suyo". Y entonces irrealidad consiste en un "des" del "de suyo".

Hemos distinguido en toda cosa real, en todo "de suyo", un aspecto de realidad individual y un aspecto de realidad campal que autonomizado llamamos "la" realidad. Es el desdoblamiento. Estos dos momentos son ante todo momentos físicos y no solo conceptivos. Como momentos, son distintos. En la aprehensión primordial de la cosa real los aprehendemos unitariamente.

Pero por la realidad abierta en su modo de "hacia" inteligimos la campalidad como momento distinto, con lo cual la cosa real queda distanciada de otras cosas reales en "la" realidad. Esto significa que es posible mantenerse en el campo aun suspendiendo la unidad de éste con una formalidad individual determinada. Entonces tenemos "la" realidad como ámbito, pero sin una realidad individual propia. Este "sin" es justo el perfil negativo del positivo "des" de la desrealización.

La desrealización no afecta a lo campal, a "la" realidad misma, sino a la cosa real en su momento de lo que ella es "en realidad". Esto es, "la" realidad ya no es forzosamente aquí y ahora esta cosa real determinada. Desrrealizar no es suspender "la" realidad, sino suspender el contenido que aquí y ahora es real, suspender aquello en que está realizada "la" realidad. Ahora bien, realidad es el "de suyo".

Por tanto "la" realidad es un "de suyo" que de suyo puede realizarse en esta cosa o en otra. La cosa real ya no es "de suyo" aquello en que "la" realidad se realiza "en realidad". Entonces surge la irrealidad. La irrealidad es el modo des-realizado de estar en "la" realidad. Es el primer momento de la irrealidad.

Según este momento lo irreal envuelve "la" realidad. Primero, la envuelve formalmente: sólo puede ser irreal estando en "la" realidad desrealizadamente, esto es que ésta tenga forzosamente un contenido determinado. Y segundo, la envuelve físicamente: en lo irreal, "la" realidad es "la" realidad que físicamente aprehendemos en la aprehensión primordial de cualquier cosa real. "La" realidad no es un concepto o una idea o algo semejante, sino que es la física dimensión campal de las cosas reales.

Es la misma "realidad física" de este paisaje, de esta piedra, o de este prado, es esta misma realidad física, digo, la que se constituye campalmente en toda simple aprehensión de cualquier índole que sea: en un centauro "la" realidad aprehendida es la misma que en esta piedra. Lo que no es lo mismo es el contenido.

La simple aprehensión no prescinde de "la" realidad como suele decirse secularmente, sino que la envuelve formal y físicamente como realidad sin contenido propio. […] Realización es actualización de algo como contenido

de "la" realidad. Es pues realización liberada. Es como el reverso de aquella actualización de "la" realidad.

Por tratarse de una realización en "sería", es una realización constitutivamente libre. Lo irreal no es una cosa mental tratada como si fuera real, pero tampoco es una cosa física: es *cosa libre*. No se trata de que yo considere libremente que este contenido es real, sino de que, justamente al revés, yo considere libremente que la física realidad campal "es así", esto es, tenga este contenido determinado.

Por ejemplo, lo real en la ficción no consiste en ser ficción de realidad, no consiste en fingir realidad, sino que consiste en ser realidad en ficción; lo que fingimos es el contenido de la realidad. "La" realidad queda actualizada libremente en alto que se realiza en ella. De lo que se está libre no es de "la" realidad sino de su contenido determinado. […]

El contenido queda realizado porque "la" realidad física se ha actualizado en la intelección sin contenido. En virtud de este primer momento, lo aprehendido, esto es lo irreal, es *realmente* irreal; en virtud del segundo momento lo irreal es *irrealmente* real. […]

Lo irreal es pues cosa libre, por tanto, cosa creada. La creación es creación no de la realidad sino de su contenido en ella; bien entendido, una realización libre. Si se quiere hablar de ideas (expresión vitanda, aunque usual como ya dije), diré que crear no es dar realidad a mis ideas, sino que justamente lo contrario: es dar mis ideas a la realidad.

De aquí toda la gravedad de esta intelección: está en juego la física realidad misma según su contenido, es decir, está en juego lo que las cosas reales son en realidad. Actualizar la realidad física desrealizada en un contenido libre: he aquí la esencia de la creación.

En definitiva: la aprehensión de lo real en retracción del contenido, esto es en simple aprehensión, tiene carácter formal de irrealidad. La irrealidad es la unidad intrínseca y formal de actualización de "la" realidad física y de realización libre de su contenido: es el "sería". El "sería" es un *modo irreal*, no en sentido gramatical sino en el sentido de "la" realidad en modo de libre contenido.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y logos*. Madrid: Alianza Editorial, 1982, p. 91-95]

•

«La objetualidad no es un carácter primario, sino que remite a algo previo: lo real. Para que algo sea *ob-jectum* tiene que empezar por ser algo en sí, no ciertamente en sentido kantiano –la cosa en sí–; pero sí en un sentido mental: como algo "de suyo" absolutamente tomado en sí mismo. Sin ello no podría ser objeto. Y este momento no puede ser otro, sino justamente la realidad.

Y aquí lo que le falta al objeto ideal para ser objeto converge con lo que le faltaba al objeto ideal para ser ideal, a saber: la versión hacia algo, en lo cual y sobre lo cual se halla montado el objeto ideal en tanto que objeto ideal. La primera razón nos conducía a hacer ver que no puede ser idea sino de algo real y la segunda nos hacía ver que este algo real no puede ser una cosa.

Pues bien, si *sumamos* intrínsecamente en un solo concepto esos dos momentos, nos encontramos en definitiva con lo que es menester decir, a saber, que la idea, en cuando idea, es siempre –en todos los casos– un objeto irreal. No es ideal, sino irreal. Las ideas son irrealidades.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal.* Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 53]

COMENTARIOS

«En su curso "El hombre: lo real y lo irreal", Zubiri pretende aclarar en qué consiste la irrealidad y su función. Cada uno de los actos humanos –pensar, comer, estudiar, odiar, pasear…– es carcomido por la nada. Todo fluye. Ningún momento es idéntico al anterior. Pero si cada instante no tuviera absolutamente nada que ver con otro, el hombre no podría "hacer su vida", no tendría nada en que apoyarse.

Sucede, sin embargo, que todos los instantes, por muy distintos que sean, coinciden en poseer un momento inespecífico de realidad que trasciende el puro fluir y que le permite establecer recurrencias entre ellos. Por estar atenido de este modo a la realidad, el hombre tiene forzosamente que forjar lo irreal, fantasear, crear ficciones e ideas.

Al figurarse cómo son las cosas y cómo es él mismo, puede hacer su propio ser e ir encontrándose a sí mismo sin perderse completamente en el alocado torrente de la realidad.

J. Conill sitúa la filosofía de la irrealidad de Zubiri, comparable a una filosofía de la realidad virtual, en el contexto de la filosofía de Ortega y Unamuno, y destaca su importancia y actualidad ante el éxito de la literatura fantástica y el predominio y creación de mundos virtuales. Conill subraya la propuesta de superación de planteamientos vitalistas como los de Dilthey, Bergson y el propio Ortega.

Es notoria también la crítica de Zubiri a Husserl. Para este, la ficción "constituye el elemento vital de la fenomenología, como de toda ciencia eidética" (E. Husserl, *Ideas*, I, p. 158). La sustitución de los datos singulares del "río heraclitiano" por sus datos imaginarios permite la ciencia eidética.

Zubiri, en cambio, pretende no salir del río heraclitiano para construir una metafísica o filosofía primera radical. Lo irreal, la fantasía o la figuración no es un intermediario entre las cosas y las ideas, sino entre el puro estar en la realidad y las cosas concretas de esta realidad.»

[Corominas, Jordi / Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, Madrid: Taurus Ediciones, 2006, p. 639; 814 n. 37]

Impressum | **Datenschutzerklärung und Cookies**

Copyright © **Hispanoteca** - Alle Rechte vorbehalten